

LA CASA IMPOSIBLE

Por Consuelo Triviño Anzola

En aquella casa nadie se ponía de acuerdo ni siquiera para hacer un café. Si alguien decía “me provoca un café”; el otro respondía, “hágalo usted mismo”, con un retintín cargado de escepticismo. Ante semejante respuesta, el antojado se dirigía a la cocina con menos deseos de café y mucho rencor hacia el escéptico que tanto se complacía criticando la ineficacia de los habitantes de esa casa imposible. Por su parte, el antojado añadía una afrenta al memorial de agravios que crecía ante sus ojos rencorosos, como quien ve infectarse una llaga sin aplicarle el remedio, acaso por culpabilizar a los otros, esos otros responsables de sus desgracias. En la casa de los imposibles se habían cometido en el pasado —y se seguían cometiendo—afrentas imperdonables, tantas que hubiera sido inútil dar cuenta de ellas. Los habitantes de la casa imposible podrían considerarse

seres pasivos, pero en eso de infligir ofensas sí eran muy activos. El altanero escéptico sabía que no era fácil preparar el café; conocía las causas de esa dificultad, pero se callaba para no ahorrarles la desagradable sorpresa a los otros. Él mismo había fracasado en su intento y había quedado tan frustrado que necesitaba vengarse. Ya había comprobado que hacían faltan los ingredientes y las mínimas condiciones para realizar ese deseo. Un tercera persona se quejaba de la discusión entre el antojado y el altanero “por un miserable café”, y se dirigía a la cocina a prepararlo sólo “por restregárselo a esos dos inútiles que malgastaban el tiempo discutiendo por un café”.

El problema es que en la cocina, de verdad, no había con qué prepararse ese “miserable café” —en aquella casa todo acaba recibiendo el apelativo de miserable: “sus miserables gafas”, “su miserable camisa”, “su miserable plata”—. Lo que había surgido como un deseo inocuo se cernía sobre los habitantes como una amenaza, o un reto. Una cuarta persona —a veces se juntaban hasta cinco personas en la casa imposible— se daba cuenta de que faltaba café y

azúcar en la cocina e iba calladamente a la tienda a comprarlos, con la idea de darle una lección a los demás habitantes. Estos la veían dirigirse a la puerta en dirección a la calle, con una mueca de desprecio. Incapaces de agradecer el gesto de bondad o entrega —porque tal vez los humillaba— decían a la vez —y en eso sí estaban de acuerdo— “miren a la que va a hacer un café”. Porque la que se decidía a romper la cadena de respuestas viciadas era una mujer, la hermana menor, que luchaba contra el desaliento e intentaba concluir una tarea. Ella siempre se enfrentaba a los obstáculos que surgían en la casa de los imposibles, ya fuera por comida, o por el aseo, el orden y mantenimiento de la misma. Había que comer todos los días, pero hacer la comida era un problema. Se comía con las disputas, se vivía con ellas; se condimentaban las comidas con el amargor de las palabras.

Cuando la hermana menor llegó triunfante de la tienda e iba a preparar el café “así no se lo tomara nadie”, les dijo a los inútiles habitantes de la casa imposible, una sensación de catástrofe, de caos irremediable quebró las débiles cuerdas de su

voluntad, hasta entonces a prueba de pereza, rabia y rencor. Se dio cuenta de que no había gas, algo tan vital para el sustento de todos. La pelea por el combustible era una batalla perdida en la casa de los imposibles. Todo el mundo, salvo las personas que llevaron esa carga, la madre y ella, creía que el gas caía del cielo, como el agua que nadie pagaba, salvo una de las dos, o la luz que les cortaban a menudo, mientras los dos hijos y el padre se echaban en cara tanto lo que habían dado como lo que no habían dado. Maldición, gritó la madre que evitaba salir de su cuarto, para no tropezar con el odio, ¿cuándo llegará el día en que se pueda hacer un miserable café en esta casa sin que acaben discutiendo?

El caso es que a la madre se le rebozó la copa y huyó ese día de la casa de los imposibles para refugiarse en una residencia de ancianos donde la comida se servía todos los días a la misma hora. Sólo quedaron en aquella casa el padre y el mayor de los hijos, que como él sentía una enfermiza inclinación por el fracaso. El hijo de en medio, una maldición llamada caos, que removía los muros del hogar, instaló su

tienda enfrente de la casa. Olvidé decirles que la casa de los imposibles nunca acabó de construirse. A este hijo le dio por arrancar los ladrillos de la habitación del padre al que acusaba de egoísta. La hija menor un día preparó las maletas, pero no fue capaz de marcharse, tuvo tanto miedo que prefirió asumir las cuentas del gas, del agua y de la luz, pero procuró pasar la mayor parte del tiempo en su trabajo.

Siempre pienso que a la casa de los imposibles está a punto de sucederle lo peor, que el hijo de en medio la destruya, que el mayor saque a patadas al padre o que el padre la incendie en un descuido, ya que se duerme con los cigarrillos encendidos. O quizás no le suceda nada a aquella casa semiderruida, puede que con el tiempo llegue una persona capaz de apaciguar el corazón de esos habitantes y establezca un orden, una melodía que los haga bailar al ritmo secreto del universo bajo el cual las cosas giran sin razón alguna. Mientras tanto, los corazones se arrugan y encogen como los frutos secos en los costales dentro de un cuarto oscuro donde acechan las ratas. Falta poco para que esas malditas criaturas se abalancen sobre los

corazones, pero no lo harán porque milagrosamente la hermana pequeña llegará a tiempo para evitar la ruina. Por ella la casa de los imposibles se mantiene en ese punto en que no está totalmente destruida ni acabada de forma definitiva. A nadie le extrañe que precisamente la culpen de sostener una situación insostenible. El odio se alimenta de la incapacidad de la gente y ese frágil sostén que es la hermana menor es responsable de que ellos no se hundan, como parece ser que lo desean. No me extraña que caigan sobre ella tantos reproches.